

## Francisco de Javier Mucho menos y mucho más

José E. Ruiz de Galarreta

*Francisco de Javier es, sin duda, uno de los santos más conocidos, más famosos y más queridos. Su figura ha sido capaz de arrastrar a muchísimas personas, de acercarlas a Jesús, de motivarlas para entregar su vida a la evangelización, siguiendo sus pasos.*

*Ya durante su vida, sus cartas llamaron a la India a una legión de misioneros. Y la atracción se multiplicó tras su muerte, en el mundo entero. Sirva como ejemplo la escuela apostólica de Javier, que ha sido semillero de apóstoles que han entregado su vida a los demás siguiendo los pasos de Francisco.*

*Celebrar el centenario de su nacimiento puede ser un regalo de Dios no solamente para refrescar su recuerdo, sino para revitalizar esa poderosa atracción que siempre ha ejercido.*

La celebración de un centenario ofrece también una espléndida ocasión para la reflexión y el autoexamen. Y para desenmascarar las trampas que se nos ofrecen y en que caemos frecuentemente. Celebramos y nos celebramos, ensalzamos y nos engrandecemos, alabamos y nos autoafirmamos, pregonamos y nos apoderamos. Es la vieja tentación de la idolatría: hacernos dioses a nuestra imagen y semejanza, y proyectar sobre ellos toda nuestra complacencia y autoadoración. El resultado es siempre la deformación y el empequeñecimiento del personaje, que suele ser mucho menos de lo que nos gusta y mucho más de lo que nos molesta. También esto, domesticar a Dios, es una de las viejas tentaciones: lo hacemos con Jesús, con la Navidad, con el

Corazón de Jesús, con la Resurrección: adoración sin seguimiento, ternura sin marginalidad, bondad sin entrega, milagro sin comunión... Las más primitivas desviaciones de lo que hemos dado en llamar religión.

Con Francisco de Javier podemos sufrir tentaciones semejantes: aventurero legendario, evangelizador de todo Oriente, taumaturgo, profeta, extático, le atribuimos don de lenguas, bilocaciones, estado de ánimo de permanente y entusiasmada consolación, proyectamos sobre él ansias de interculturalidad, le convertimos en pionero del diálogo interreligioso y muchas cosas más. Leyendo alguna de sus (por supuesto bienintencionadas) vidas, sorprendemos el afán por rendir culto a nuestra pasión por lo maravilloso, reafirmar nuestra satisfacción por un pariente glorioso, en resumidas cuentas, advertimos el proceso de desencarnación al que solemos someter a casi todos los santos y los héroes, incluido Jesús de Nazaret.

Este proceso es profundamente antirreligioso y descaradamente sutil: desencarnar equivale a mitificar y, por tanto, a alejar, declarar extraterrestre, admirable y no imitable. Jesús, sólo Dios y no hombre, deja de ser paradigma de humanidad y visibilidad de Dios; Francisco de Ja-

vier abrasado por el fuego apostólico y poseedor de inauditos carismas se despega de nosotros y se sitúa, asombroso e inalcanzable, más allá de lo humano, en la región deslumbrante en que los seres semidivinos no exigen nada más que adoración y asombro. Una vez más, docetismo.

Deshumanizar, que significa desdivinizar: encerrar lo divino en la burbuja aislante del mito, para reducirlo a la impotencia. Convertir la lámpara en fognazo deslumbrante, para que ya no se pueda caminar a su luz; la lluvia benéfica en chaparrón inclemente, para que ya no fecunde sino que obligue a guarecerse; la levadura en diamante, para que ya no pueda fermentar la masa.

Es un obligado servicio de devoción y respeto, de sinceridad y coherencia, aceptar la Palabra encarnada. Palabra encarnada son los santos, y desencarnarlos es reducir la Palabra a estéril sabiduría arcana. Creo que está aún por escribir una biografía de Francisco de Javier que redescubra al hombre bajo el mito. Creo que necesitamos desnudarlo de ropajes barrocos docetas para poder admirar la fuerza de la gracia en el hombre. Creo que su Centenario es una magnífica ocasión de acercarnos al personaje, sea como sea, sin proyectar sobre él nuestras

idolatrías o, simplemente, nuestras preferencias.

Acercarse a un personaje de otra época desde otra época es un áspero trabajo. La mentalidad, la valoración, las motivaciones de cada época son diferentes. Y es prácticamente imposible renunciar a las nuestras y meterse en las del personaje. Por eso es insensato juzgar a la historia. Podríamos juzgar si una actuación concreta tendría sentido hoy, pero difícilmente entenderemos qué sentido tenía en su momento.

Por todo lo expuesto hasta aquí, es claro que este artículo pretende mostrar aspectos de Francisco de Javier que en su momento fueron indiscutibles e indiscutidos y que hoy parecen, más que discutibles, aberrantes. Este artículo intenta también presentar otros aspectos de Javier, que, por íntimos y menos espectaculares, suelen darse al olvido. Y se escribe con la intención de acercarnos mejor al hombre Francisco de Javier para hacer posible que sea para nosotros gracia, palabra para la conversión.

### El sistema

Para empezar, Javier es una persona que no pone en absoluto en cuestión el sistema, ni el eclesiástico

ni el político. Javier va a las Indias como legado del Papa y en misión confiada por el Rey de Portugal. Y las dos cosas son la misma, para nuestro asombro. El Rey de Portugal es un hombre fervoroso, preocupadísimo por la salud espiritual de sus súbditos, de la que se siente responsable, y convencido de que sus poderes llegan también al ámbi-

---

*desencarnar equivale  
a mitificar y, por tanto,  
a alejar, declarar  
extraterrestre, admirable  
y no imitable*

---

to de la conciencia, de las costumbres y de la fe de sus súbditos. Por lo cual es un hijo muy querido del Papa, que comparte celosamente esa misma concepción. Por esta razón, es el Papa el que ha regalado Oriente a Portugal y Occidente a España, para que evangelicen las tierras poseyéndolas, por la autoridad de Dios Todopoderoso que ostenta en la tierra.

Nadie, en el mundo católico de la época, discutirá al Papa tal poder, nadie se lo discutirá al Rey. El sistema colonial, uno de los mayores pecados de la historia del cristia-

nismo, se contempla como normal. La autoridad de los reyes cristianos viene de Dios, y la de los no cristianos, no. Así de simple. Y si el Papa ha podido de hecho poner y quitar reyes en la cristiandad, con mucha mayor razón podrá regalar reinos de paganos a quien le parezca bien. Especialmente si se hace por una buena razón: evangelizar. Que haya detrás otras razones, comerciales, políticas... son adjetivos, hoy les llamaríamos daños co-

---

*es insensato juzgar  
a la historia; podríamos  
juzgar si una actuación  
concreta tendría sentido  
hoy, pero difícilmente  
entenderemos qué sentido  
tenía en su momento*

---

laterales, irremediables. Pero la causa es buena y su legalidad indiscutible.

Por eso van capellanes en las naves españolas hacia América, por eso va Javier en la nave del gobernador a la India. Y por eso jamás se le ocurrirá cuestionar el sistema colonial ni los derechos de los reyes ni del Papa. Ni le parecerá mal que el gobernador Martín Alfonso de Sousa

organice una expedición para apoderarse de los tesoros de la pagoda de Tirumala, ni que ponga y quite reyezuelos a su antojo no pensando en los derechos que puedan tener (que no tienen ninguno, por supuesto), sino en situar en los tronos a favorecedores del cristianismo y/o de sus conveniencias comerciales. Francisco no sólo no discute el sistema, sino que lo aprovecha concienzudamente.

En medio de este planteamiento, que a nosotros nos parece, sin duda, un error de base que puede pervertirlo todo, Javier se esfuerza denodadamente por mejorar desde dentro el sistema injusto y pelea constantemente contra las injusticias concretas. Se esfuerza y se arriesga por sanear la corrupción de Goa, consigue que los fondos oficiales lleguen al hospital sin distraerse en la administración, promueve juicios justos y rápidos para los pequeños delitos, mejora las condiciones sanitarias, modera el mal trato de los esclavos, se rebela contra los abusos de los portugueses y los denuncia al gobernador, defiende con uñas y dientes a los pescadores *paravas* contra los impuestos abusivos y contra los invasores *badagas*, participando físicamente en actos bélicos... Una magnífica labor. Sin cuestionar nunca la maldad intrínseca del sistema.

### La teología

En el fondo de toda esta actividad, aparte de la concepción político-religiosa de que hemos hablado, subyace una teología de la salvación que es determinante. Francisco sabe muy bien que el cumplimiento de los dictados de la propia conciencia, de la ley natural, es suficiente para la salvación. Así lo confiesa abiertamente en sus conversaciones con los bonzos japoneses en Yamaguchi. Pero cree firmemente que fuera del conocimiento de Jesucristo esto es prácticamente imposible. Incluso podemos afirmar que esta segunda afirmación tiene para él más peso que la primera. Tiene una expresión a mi juicio significativa en la famosa carta a sus compañeros de Roma de 15 de enero de 1544. En su párrafo final, Francisco escribe:

«Y para alcanzar esta merced y gracia, tomemos por intercesores y abogados a todas aquellas santas ánimas destas partes donde estoy, las cuales, después que por mi mano bauticé, antes que perdiesen el estado de inocencia, Dios nuestro Señor las llevó a su santa gloria, cuyo número creo que son más de mil.»

en que creemos descubrir la convicción de Javier de que los niños no bautizados no irán a la gloria, a pe-

sar de su estado de inocencia. Temblamos al leer la rotunda expresión de Francisco en su oración: «Mirad Señor cómo en oprobio vuestro se llenan de ellas los infiernos»... convicción que impulsada apasionadamente a Francisco a dar la vida para evitar tamaña catástrofe.

Francisco entiende que lo primero es ser cristiano, lo que se produce por el bautismo y la profesión de fe. Después, ser buen cristiano, lo que requiere el cumplimiento de los mandamientos y la recepción de los sacramentos. Y por ese orden. Ser cristiano es para Javier un estado, no un modo de comportamiento. Si el comportamiento es malo, será un mal cristiano, pero cristiano a fin de cuentas. De aquí el enorme trabajo de Javier en tres campos: **bautizar**, para que sean cristianos; **catequizar**, para que puedan profesar de corazón los artículos de la fe; hacerles **confesar y comulgar**, para que enmienden su vida y se comporten como cristianos.

Unidos los dos aspectos anteriores, la misión de evangelizar recibida del Rey y del Papa, y la necesidad de ser cristianos para salvarse, la actuación de Javier en estado puro, cuando no se ve condicionado por circunstancias político-sociales, es reveladora: bautizar a todos los que tengan algún deseo de hacerse cristianos, dedicar mucho tiempo a la

catequesis y los sacramentos, e imponer las costumbres cristianas apelando incluso al poder civil para que reprima tanto las idolatrías como las conductas inmorales, utilizando para ello las sanciones económicas, el destierro o la cárcel.

Naturalmente, esto sólo le fue posible en la costa de la Pesquería, donde había aldeas enteramente cristianas y enteramente sometidas a sus protectores portugueses. También peleó por esto en Goa, pero ésta era una «gran» ciudad comercial, colonial y corrompida, y en ella la actuación de Francisco fue más bien adjetiva, sin cambiar en absoluto el rumbo general, depredador y abusivo, de la colonia.

Cuando Francisco toma contacto con otras culturas y otras religiones, tiene poca suerte. Por los datos que él mismo ofrece en sus cartas (fuente parcial, naturalmente), las formas hinduistas con que tropieza en la costa de la Pesquería parecen ser superficiales, rudimentarias y supersticiosas, limitadas casi en exclusiva a las ofrendas a los dioses, de que se alimentan los brahmanes, que tienen sometido al pueblo con amenazas divinas. Francisco los describe como incultos, que apenas saben nada ni siquiera de su propia religión, salvo el caso de unos pocos que han hecho algunos estudios en centros de prestigio, a los que Ja-

vier califica simplemente de embusteros, porque conocen más de la ley de Dios pero la ocultan a la gente para no perder sus privilegios.

La impresión global que Javier recibe de toda esta experiencia es sencilla: los dioses son ídolos, demonios, y su servidores, esclavos del demonio y embusteros. Buena parte de su actividad en la Pesquería se centra en desenmascarar a los demonios y destruirlos. Resulta alucinante una escena, también narrada por el mismo Francisco en la carta antes citada:

«Los muchachos espero en Dios nuestro Señor que han de ser mejores hombres que sus padres, porque muestran mucho ardor y voluntad a nuestra ley, y de saber las oraciones y enseñarlas, y les aborrece mucho las idolatrías de los gentiles, en tanto que muchas veces pelean con los gentiles, y reprenden a sus padres y madres cuando los ven idolatrar, y los acusan, de manera que me lo vienen a decir; y cuando me dan aviso de algunas idolatrías que se hacen fuera de los lugares, junto todos los muchachos del lugar y voy con ellos adonde hicieron los ídolos; y son más las deshonoras que el diablo recibe de los muchachos que llevo, que son las honras que sus padres y parientes les dan al tiempo que los hacen y adoran. Porque toman los niños los ído-

los y los hacen tan menudos como la ceniza, y después escupen sobre ellos, y con los pies los pisan; y después otras cosas que, aunque no parece bien nombrarlas por sus nombres, es honra de los muchachos hacerlas a quien tiene tanto atrevimiento de hacerse adorar de sus padres.»

Respecto al Islam, podría decirse prácticamente lo mismo. Francisco tuvo contactos pacíficos con el Islam en Melinde (haciendo escala en el viaje de Mozambique a Goa, en marzo/abril de 1542), y allí manifestó ya que Dios no se complace en las oraciones de los musulmanes y las rechaza. Pero los contactos posteriores, en la pesquería y en Indonesia, fueron de absoluta hostilidad. Javier participaba de la mentalidad de sus patronos los portugueses, para quienes los moros no eran otra cosa que los anteriores dominadores de la India, que habían invadido contra toda justicia (no como ellos que venían en nombre del Papa y, por tanto, de Dios) y se dedicaban a hostigar a sus barcos y someter despiadadamente a los indígenas. La obligación de Portugal era acabar con los moros, por dos razones a cual más evidentes: porque eran feroces competidores en lo comercial y porque eran enemigos de la cruz de Cristo.

En la carta citada hay un párrafo terriblemente revelador de esta mentalidad de cruzada, que roza lo peor de los desaciertos del Antiguo Testamento en cuanto a batallas y enemigos. El gobernador de Sousa hizo hacia 1535 una campaña con-

---

*fue un hombre de su época,  
no fue crítico con las  
estructuras coloniales,  
no vio en otras religiones  
más que obras del diablo...  
y sin embargo es un hombre  
admirable (imitable incluso)  
en su dimensión religiosa  
más íntima*

---

tra los moros que tenían sometidos a los *paravas* de la pesquería. Francisco la resume así:

«El señor gobernador tiene mucho amor a estos cristianos que nuevamente se hicieron en estas partes. Favoreciólos mucho en tiempo que los moros los perseguían y maltrataban; y estos cristianos están todos pegados con el mar, y viven de solas las riquezas del mar: son pescadores.

Los moros tomáronles sus navíos con los cuales se mantenían.

El señor gobernador, como esto supo, en persona fue con una armada tras los moros, de manera que los alcanzó y mató mucha multitud de ellos; desbaratólos a todos. Tomóles todos sus navíos, sin dejarles ninguno, y los que llevaban de presa de los cristianos de esta tierra; tornó a todos los cristianos sus navíos y a los pobres que no tenían navíos ni con qué podellos comprar, dio los que tomó de presa a los moros; de manera que tuvo una grande victoria y de mucha memoria; y así como nuestro Señor le ayudó, así lo supo conocer, pues tan liberal fue con los cristianos. Agora no hay memoria de moros, ni hay entre ellos quien ose alzar cabeza. Mató el Señor todos los principales y los que eran para alguna cosa.

Los cristianos de esta tienen al señor gobernador por padre, y el señor gobernador los tiene por hijos en Cristo engendrados. Dios nuestro Señor sabe cuánto me tiene encomendadas estas nuevas plantas de Cristo.»

Evidentemente, el gobernador hizo una brillante campaña y *los paravas* pasaron de estar sometidos a los abusos de los moros a pagar tributos a Portugal a cambio de su protección. La guerra fue, naturalmente, de exterminio. Y la valoración de

Javier es atterradoramente veterotestamentaria:

«Mató el Señor todos los principales y los que eran para alguna cosa.»

### Japón: todo nuevo; invitación al cambio

La aventura de Japón, reveladora por otra parte del valor personal y la amplitud de miras de Francisco de Javier, le va a suponer un desafío más que considerable. Hasta este momento, Francisco se ha desenvuelto entre gente pobre e inculta, y amparado por el paraguas político y mental de la colonización portuguesa. Pero en Japón se encuentra despojado de tal paraguas y ante una sociedad evolucionada, culta y completamente ajena a los paradigmas occidentales.

El primer contacto de Francisco muestra una ingenuidad que unos podrían llamar «evangélica» y otros, al menos, «descarada». Francisco se sirve de los mismos métodos que utilizó en Bolonia y en Goa: vivir pobremente, salir a predicar a gritos por las calles y proclamar lo indispensable para la salvación: el Credo y los mandamientos. Intenta valerse también del «paraguas del poder», solicitando a *los daimios* permiso oficial para predicar, que

unas veces le es concedido y otras denegado.

Este primer impacto es desilusionador: las conversiones escasas, la protección de *los daimios*, más bien reticente... Se interpone además la pavorosa dificultad del idioma. El mismo Francisco lo confiesa: «*Estamos entre ellos como estatuas*». Aunque aparentemente no le importa, y sigue trabajando valiéndose de intérpretes, Francisco busca soluciones y lo hace por dos vías, una de las cuales será un fracaso y la otra un éxito.

Intenta visitar el emperador de todo el Japón para obtener un permiso de predicación al que todos *los daimios* deban someterse. Todo el mundo sabe que el emperador es un figurón, que no pinta nada en Japón, que el viaje (durísimo viaje a Myako —hoy Kyoto— en pleno invierno) será inútil. No hay quien le convenza. El viaje es un desastre, ni siquiera es recibido por el emperador (que en efecto es un figurón inútil) ni por la más famosa Universalidad, el gran monasterio de Sanjûsangendô, en Kwanon, con su templo de los 33.000 ídolos. Pretende ser recibido, pero no lleva regalos, se presenta como pobre... y cosecha un completo fracaso. Sin embargo, ha aprendido una lección muy importante acerca de la validez de sus métodos.

Estos métodos (vida pobre y anuncio descarado del evangelio) habían tenido su prueba de fuego con el daimio de Yamaguchi, al que visitó Francisco camino de Myako. Parece ser que Francisco se le presentó con su aspecto pobrísimo, la vieja «lo-ba» desgastada que le daba aspecto

---

*Francisco ha encontrado  
el Tesoro, gusta de la  
más honda alegría interior  
y en medio de trabajos,  
riesgos, dificultades, peligros,  
se atreve a pedir más*

---

de mendigo, y le dirigió un larguísimo discurso (más de una hora) afeándole los vicios y poniéndole delante la condenación eterna. El daimio era un hombre culto y un ferviente budista. Se limitó a interrumpirle elegantemente y a ponerlo en la calle, sin más, entre las bur-las e incluso amenazas de los asistentes. Esta experiencia y la de Myako hicieron sin duda reflexionar a Francisco. Y aquí intervino una circunstancia casual (providencial, naturalmente).

Francisco recibió la noticia de que una nave portuguesa había arriba-

do al puerto de Hichi, en Kiu-Shiu. Fue enseguida a visitarla (entre otras cosas con la esperanza de recibir correo de Goa o de Europa) y se encontró con que su Capitán, Eduardo de Gama, conocido y amigo suyo, traía preciosos regalos para el emperador de Japón. La ocasión estaba servida. Convenció a Gama de que el señor más poderoso de todo Japón era el daimio de Yamaguchi y organizó una visita

---

*en el fondo de toda  
esta actividad subyace  
una teología de la salvación  
que es determinante*

---

«oficial», en la que él mismo se presentó como investido de autoridad, papal y real, ataviado con los más suntuosos vestidos y rodeado de una corte de portugueses igualmente esplendorosos.

Entregaron al daimio asombrosos regalos: relojes de sonería, grandes y pequeños, un clavicordio de trece cuerdas, una espingarda de tres cañones, ricamente guarnecida, un par de anteojos, dos espejos, costosas telas de brocado, cuentas de vi-

drio de diversos colores, libros, imágenes y vinos de Portugal.

El daimio quedó deslumbrado (nos gustaría saber si reconoció en aquel reluciente embajador al descarado mendigo de la visita anterior). Ofreció en agradecimiento todo lo que se le ocurrió, pero Francisco pidió solamente el permiso de evangelizar. Le fue concedido, y además el daimio le cedió un pequeño monasterio deshabitado para que se instalase en él.

Este monasterio marcó un hito en la trayectoria de Francisco, porque propició sus contactos más intensos con los bonzos (budistas o más bien sintoístas de diversas tendencias) y produjo un giro en el tipo de apostolado. Francisco se presenta desde entonces como el sabio occidental cuya sabiduría excede con mucho a la de sus contertulios, no solamente en cuestiones religiosas sino científicas y filosóficas. Su formación en la Sorbona le ofreció sin duda dos estupendas armas: los conocimientos de astronomía y matemáticas que se impartían en los primeros cursos de la carrera, que Francisco había superado hasta obtener el título de *Magister Artium*, y el método escolástico, que adiestraba a la perfección para la disputa académica.

Sería largo y fuera de nuestro propósito analizar el desarrollo del

desentendimiento de Francisco con los bonzos. No parece que pueda aplicarse a éstos, sin más, el severo juicio de ignorancia que Francisco atribuyó a los brahmanes de la Pesquería. Pero los resultados no fueron muy diferentes. Javier llega a situaciones (que parecen definitivas) de enfrentamiento, en dos ámbitos: el intelectual y el moral. Intelectualmente, Javier apenas percibe en las doctrinas de los bonzos nada más que idolatría y falsas doctrinas. En lo moral, hace en sus cartas más hincapié en los abusos deshonestos de algunos monasterios que en la vida austera y elevada de otros.

### Concluyendo: las motivaciones

Está claro que Francisco de Javier fue muchas cosas: un arriesgado evangelizador, un entregado servidor de los pobres, un reformador de costumbres, un maravilloso catequista... Y está igualmente claro que no fue un profeta. No vio el futuro, ni descubrió nada válido en las culturas y religiones que conoció. Quiso trasladar «la cristianidad» que conocía a las nuevas tierras y les ofreció el evangelio en traducción occidental, la misma fe inculturada en Europa que estaba siendo proclamada por aquellos años en Trento.

Y, sin embargo, Francisco de Javier mantiene hoy una validez que no puede pasarse por alto. Fue un hombre de su época, no fue crítico con las estructuras coloniales, no vio en otras religiones más que obras del diablo... y sin embargo es un hombre admirable (imitable incluso) en su dimensión religiosa más íntima,

---

*a Francisco de Javier  
se le ha mirado y juzgado  
desde fuera, y atendiendo  
más a sus acciones más  
espectaculares. Pero nos es  
mucho más válido atendiendo  
a su interior y a la coherencia  
de sus acciones con  
sus convicciones*

---

en sus motivaciones y en sus planteamientos vitales básicos. Distingamos estos dos aspectos.

La motivación radical de Francisco se deriva directamente de la experiencia de los Ejercicios Espirituales, que hizo, dirigido por el mismo Ignacio de Loyola, en agosto-septiembre de 1534. El impacto de los Ejercicios le llevó a cambiar, en un giro verdaderamente copernicano, toda su escala de valores, de manera que se alejó de todos sus sueños

de grandeza eclesiástica, de poder y de dinero, para entregarse a los ideales del Reino. Pero esto, partiendo de una fuente y sacando una consecuencia de absoluta validez, para sus tiempos y para nosotros.

La fuente es el descubrimiento de Jesús de Nazaret y el apasionamiento por él. Se ha insistido muchísimo en la eficacia de los Ejercicios

---

*la aventura de Japón,  
reveladora, por otra parte,  
del valor personal  
y la amplitud de miras  
de Francisco de Javier,  
le va a suponer un desafío  
más que considerable*

---

cios como método, en su sabiduría en la discreción de espíritus, en sus normas y estrategias. Pero la eficacia básica de los Ejercicios nace de la contemplación de Jesús, que lleva a la admiración, a la adhesión, al seguimiento. Javier los experimentó con tal intensidad que fueron su motor inagotable durante toda su vida. Esto explica la comprobada dedicación de Francisco a la ora-

ción. Son innumerables los testimonios acerca de las noches de Francisco, dedicadas a escribir sus catecismos y a orar. Multitud de testigos lo constatan, en todas las épocas de su vida, en Goa, la Pesquería, Santo Tomé, Las Molucas, Japón. Nos preguntamos cómo podía aguantar esas noches en oración después de un día agotador, pero encontraremos la respuesta invirtiendo los términos: podía aguantar el día agotador porque recobraba cada noche su fuerza espiritual en la oración, en el contacto íntimo con Dios.

La consecuencia inmediata del encuentro con Jesús es el seguimiento, no sólo ni preferentemente poniéndose a trabajar por el Reino, sino imitando a Jesús con una vida pobre y a los ojos de todos despreciable. Parece que escuchamos las palabras de los Ejercicios:

«Los que más se querrán afectar y señalar en todo servicio de su Rey Eterno y Señor universal, no solamente offrescerán todas sus personas al trabajo, mas aun haciendo contra su propria sensualidad y contra su amor carnal y mundano, harán oblaciones de mayor estima y mayor momento diciendo: "Eterno Señor de todas las cosas ... que yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada, sólo que sea vuestro mayor servicio y ala-

banza, de imitaros en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza, así actual como espiritual ...”» (El llamamiento del rey temporal...).

Imitar a Jesús significa antes que nada ser pobre como él. Trabajar por el Reino como Jesús es evangelizar desde la absoluta pobreza, y dedicándose preferentemente a los más pobres. Francisco hace efectivamente una «opción preferencial» por los pobres, pero empieza por ser pobre él mismo. Cuando las circunstancias se lo permiten, en Goa, en la Pesquería, en los barcos, vive con los pobres, mendiga para los pobres y no recibe nada para sí mismo. Cuando las circunstancias aconsejan otra imagen, Francisco se presenta como honorable o como sabio, y así sucedió en Japón, pero comprobamos que su vida es extremadamente austera, y su espíritu sigue tan desapegado de todo honor y riqueza como en el hospital de Goa o las miserable aldeas de los Paravas.

Esta actitud vital no es en Francisco, sin embargo, un denodado esfuerzo ascético, una constante y dolorosa renuncia. Es ante todo un estado de íntima satisfacción. Sus cartas están llenas de testimonios de consolación, de profundo bienestar espiritual. Francisco ha encontrado el Tesoro, gusta de la más honda alegría

interior y en medio de trabajos, riesgos, dificultades, peligros, se atreve a pedir más, porque no recibe su satisfacción de los placeres que vienen del exterior, sino de la unión con Dios en lo más íntimo. Y Francisco ha percibido ya desde París que esa unión se produce más intensamente en la pobreza y en el servicio. En mi-

---

*Francisco de Javier fue un  
arriesgado evangelizador,  
un entregado servidor  
de los pobres, un reformador  
de costumbres, un maravilloso  
catequista, pero no vio  
el futuro*

---

tad de lo más costoso, arriesgado y desagradable, Francisco no se cambia por nadie.

¿Podemos hablar de luces y sombras en la vida de Francisco de Javier? Podemos hablar de luces, desde luego, o mejor aún, de una luz fundamental: el apasionamiento por Jesús que le lleva a la opción radical: el seguimiento en vida pobre y en servicio preferente a los pobres. Podemos hablar de lo que hoy nosotros no haríamos, lo que en nosotros serían sombras. No me

atrevería a calificarlo de sombras en la intención y la irremediable mentalidad de Francisco. Nadie se escapa de su propio tiempo. Pero deberíamos hablar de lo que nosotros no hacemos: fundamentarlo todo en la fascinación por Jesús y empezar por el principio, la pobreza personal y el servicio a los pobres.

En consecuencia, descubrimos en Francisco de Javier a un hombre de su tiempo, de teología medieval y mentalidad colonizadora, que entrega su vida en pobreza y servicio movido por un apasionado amor a Jesús de Nazaret. Comprobamos que yerra como todo ser humano, que es incapaz de advertir las carencias de su teología y los abusos esenciales del sistema político al que sirve, que no tiene ojos más que para las aberraciones de los sistemas religiosos con que tropieza, y que, por eso mismo, nos sirve de espejo y de referencia. Porque tampoco nosotros seremos capaces quizá de advertir nuestras propias carencias, limitaciones y desviaciones, pero podremos ser igualmente válidos para el Reino si nos mueven las

mismas motivaciones y la misma inquebrantable sinceridad puesta al servicio de los demás.

A Francisco de Javier se le ha mirado y juzgado desde fuera, y atendiendo más a sus acciones más espectaculares. Pero nos es mucho más válido atendiendo a su interior y a la coherencia de sus acciones con sus convicciones. Le consideramos grande por el número de kilómetros recorridos, pero lo es por el número de enfermos atendidos, de niños adoctrinados. Lo consideramos santo por la espectacularidad de su predicación en variadas culturas, pero lo es por su entrega integral y apasionada a Jesús y al Reino.

Una vez más, ni Dios ni la santidad se parecen al resplandor deslumbrante, cegador y aparatoso, sino al grano de trigo que se entierra y muere para dar fruto. Y la imagen de Francisco de Javier como apóstol espectacular, aventurero y sobrehumano es mucho menos adecuada que el grano de trigo, que se ofrece enteramente para ser alimento de muchos. ■